

El río



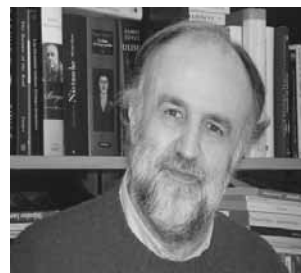
© Sandra Zea

La secreta obscenidad de cada día. Marco Antonio de la Parra y León Cohen.

1. ¿Qué otra cosa se puede escribir? ¿Mensajes de texto? ¿Correos electrónicos? ¿Hay sitio para la novela en medio de los salvajes depredadores del mercado cada vez más reacios a la indagación y el juego? ¿Y los poetas? ¿Qué ha sido de los poetas, custodios secretos de la lengua, cada vez más secretos? ¿Dónde vamos a parar los dramaturgos, los escritores para la escena? ¿Cuál es nuestro verdadero oficio? ¿Somos pintores, cantaores, bailarines? En medio de la escena contemporánea, ¿nos hemos acaso extraviado?

2. Yo escribo porque no puedo hacer otra cosa. Y escribo teatro porque no puedo escribir poesía ni ensayo ni crónica ni una novela menor ni mayor, y lo he intentado y he perdido todas las batallas, y cada vez que me siento ante un papel en blanco, una pantalla en blanco, incluso cuando leo y lo hago tendido, el cuerpo recostado, no me sale otra cosa más que voces, no me sale otra cosa más que cuerpos en pie, movimientos, la tensión infinita entre el gesto y el espacio, la aventura, la crisis, la energía que es historia, un cuento, una serie de peripecias y también la voluta

Marco Antonio de la Parra



El teatro al mismo tiempo
está muerto y también
está desperdigado
porque hacen teatro
en todas partes y todo
es representación.

del verso libre, y a veces la rima, que me visita como una antigua enemiga que alguna vez se fue a la cama conmigo y no lo pasamos mal, pero me parece irritante su manera de comportarse al desayuno y por eso el verso libre, el más libre, y la construcción de personajes levantados en punta de pies sobre la cuerda floja del argumento como si no se necesitaran estructuras sino composiciones, sutiles trazos del dedo sobre el agua. Ah, y la música, qué haría yo sin la música. ¿Se puede acaso escribir sin música?

Yo escribo teatro porque no puedo escribir otra cosa. Y lo he intentado, ya lo dije. Y las novelas me salían argumentos para la escena, y los ensayos prédicas, y los poemas diálogos, y los relatos monólogos, y los bocetos esquemas, y poco a poco he ido entregando la oreja y el rabo, me doy por vencido, lo he dicho, y le entrego al teatro mi secreto, que con él nací; soy de ahí y ese sitio existe porque existen los barítonos y las *mezzosopranos*, como existen los futbolistas hábiles y los astutos del bricolaje, y como existen todos los talentos y hay quien siempre da en el blanco con la flecha y quien siempre se equivoca.

Yo escribo teatro porque recibí el don y me resistí como un lobo herido, yo quería ser cantante de rocanrol o escritor del *boom* o futbolista, y los talentos son los talentos, y canté en un coro y en un grupo de vodevil, y dibujé afiches y hasta pinté un poco, muy poco, y algo zapateé al estilo americano e intenté caminos esotéricos del saber, y aun así, lo juro, no podía dejar de pensar en la escena y el teatro, se me arrancaba de la piel, se me caía entre los dedos, se me atascaba en la garganta.

Yo escribo teatro porque no tengo remedio y me tocó vivir en el fin del mundo, y podría haber sido plomero, cirujano o psiquiatra, que lo soy también y es lo más parecido al teatro que hay, sobre todo la psicoterapia, pero me salió la dramaturgia y me pillé escamas de dramaturgo, garras de dramaturgo y lengua de dramaturgo, y ojos de dramaturgo, que todo lo ven en acción y no cesan de proferir imágenes ni despierto ni dormido, y no conocen la diferencia entre dormir y soñar; mira que son zombis los dramaturgos, son los muertos vivos, los vivos muertos, están siempre resucitando, aunque les digan una y otra vez que el teatro murió; ahí vienen los zom-

bis, la novela que ha muerto, el libro que ha muerto, el teatro que ha muerto, la religión que ha muerto, Marx que ha muerto, Dios que es el más muerto de todos, el que ha muerto más veces y más veces se ha travestido de Dios, una vez más, y así vamos resucitando todos en fila como haciendo una cola para entrar en el Paraíso, que para uno es lo más parecido al teatro el día de ensayo, como es el infierno el día de estreno y la muerte la representación, y la resurrección el caer del cortinaje. Ay, no sabemos hacer otra cosa.

3. Si tenemos sitio en este mundo de hoy... Eso es otro tema.

4. Los tiempos son duros para todo lo humano, los humanistas se esconden en los templos a copiar a mano medievales todo el saber del mundo esperando un renacimiento que en el bucle de la temporalidad que mezcla presente con pasado y futuro; el porvenir ya está aquí y todo está obsoleto antes de nacer, y el teatro al mismo tiempo está muerto y también está desperdigado, porque hacen teatro en todas partes y todo es representación, nada es lo que es y hemos terminado componiendo ruedas de prensa, eventos para grandes marcas, y pequeñas también, que el fin de mes casi no llega y si las cosas hoy no son diseño son dramaturgia y todo lo que sucede es actuación, puesta en escena, y no hay mejor trabajo que el *regisseur*.

5. El tema es el sitio de la escritura teatral hoy en día.

6. Que no estamos en ninguna librería, y si lo estamos, la librería quiebra y la editorial se arruina, y es mejor abrir la página de Internet, y el papel ya no es nuestro territorio y sin embargo existimos como un secreto a voces, casi como se aprendían de memoria sus poemas Mandelstam o la Ajmátova para esconderse de la policía política, así de clandestinos, esperando en la lectura de otros locos, otros dementes, otros marginales, que quieren cometer el impropio de convertir en escena estas palabras nuestras que son más que palabras, son sueños, y son menos que palabras, son cuerpos, son relicarios de dolor, de amor, de miedo, de rabia, son sangre, son agua, son vino, son vísceras, son heridas de origen desconocido, estigmas que portamos no sabemos por qué sobre la palma de las manos.

7. Somos los primeros que hemos abandonado el papel y los primeros que hemos resucitado en la gran masacre genocida del libro a manos de la industria editorial, y es que no éramos libro, sino acontecimiento, y entonces ha venido la pantalla global del cine o de la televisión o de todas las pantallas que se han encendido en nombre de la nostalgia de la luz eterna, y es la añoranza ancestral de que nos cuenten un cuento, todos niños esperando poder dormir con un cuento, un cuento, un cuento, el mismo cuento, una y otra vez el mismo cuento, y antes era el mito y después fue el teatro, y sin darnos cuenta nos disfrazamos de teatrino de títeres, marioneta o payaso y andamos infiltrando el reino de la luz en la oscuridad, la pantalla, que no es más que teatro filmado, y hasta al fantasma de la ópera lo tiene vestido de gran espectáculo, y ese ha sido el gran enemigo de la escritura teatral, su hermano mellizo, el espectáculo, y no el cine, que es como un primo luminoso y en el fondo más documental que entretención y obra de arte mayor que a veces nos jala de las solapas y nos dice: escribe para nosotros, y lo hacemos y escribimos para la pantalla grande y la chica y la más chica, y escribimos porque se parece pero no es, y yo podría estar enterrado en un canal de televisión, casi lo he estado, lo he intentado incluso como oficio, y no puedo, se me arranca la mano, se me despiertan los instintos del teatro y hasta a veces me subo al escenario y piso las tablas y me sale esa voz, me aparece el personaje, me convierto, me transformo y sé que cada línea que pronuncio es una forma de morir para resucitar en la línea siguiente, y ese mareo no me lo pierdo, el vértigo me disloca y enloquecido escribo, febril, hasta la última palabra, que no es la última, sino casi, porque ya esconde el fuego de la palabra siguiente, y se escribe al fin una obra infinita, una pieza infinita: mira que eso de los cinco actos es un truquillo para enredar al productor, mira que a un autor de verdad solo lo detiene la muerte, y por eso groseramente se muere en escena o se muere escribiendo o escribiendo se muere.

8. Y no puedo hacer otra cosa. Y siempre vuelvo. Y siempre retorno y saludo a mis vie-

jos amigos de siempre. Y estamos los mismos. Venimos de otros oficios, el que hace clases de un arte olvidado, el que escribe guiones para la tele, el que se da vueltas por el plató, el que redacta un libro de autoayuda, el filólogo, el arquitecto, el dibujante, el que toca la trompeta en un grupito de jazz pasada la medianoche y quedamos con él para vernos, el que trabaja en una agencia de publicidad y ha hecho ese anuncio que nos gusta tanto y nos dice que no es gran cosa, el que trabaja de galán en la telenovela, el que enseña actuación a muchachas bellas como juncos y que no sabe en qué trabajarán si no es como bellas como juncos. Y me preguntan qué he escrito. Y he escrito. Y no tenemos sala, pero veremos cómo arreglárselas. Y no tenemos dónde ensayar, pero habrá cómo, y alguien dice que vió un anuncio del Ministerio de Cultura y otro tiene un contacto en una compañía telefónica, y veremos de dónde sale el dinero y al final ya, bueno, cuándo nos juntamos.

9. Y no podemos hacer otra cosa. Porque todas las otras artes parientes han descubierto cómo permanecer, cómo desafiar al olvido en la reproducción técnica (Benjamin *dixit*), y solamente el teatro es evanescente, arte de la desaparición, repetición para recordarnos una vez más que somos un accidente de la memoria; eso es el teatro, memoria, reactivación del pasado, presente y futuro, que son los tres actos de la conciencia que el sueño revuelve y desenvuelve y la memoria enreda y desenreda, y por eso la necesidad del mito y el arquetipo y el personaje en aprietos y el tremebundo arte del desenlace y la carcajada y el canto del macho cabrío; al final, el teatro es un arte sacrificial en tiempos donde los únicos que están siendo sacrificados somos nosotros mismos en un altar tan grande como la sociedad misma, y por eso instalamos estos altares pequeños para cantar nuestras canciones, contar nuestros cuentos, reunirnos alrededor del fuego y decir yo escribo teatro, y en ese sitio, convocados por los dioses, siempre los dioses, siempre aunque ni se nombren, siempre hay un extraño ser, que es el público, que pregunta a qué hora empieza la función.

10. Y la escritura teatral no cesa porque ¿se le pregunta acaso al río por qué corre? ■



Arriba, *Pancho Villa*.
Abajo, *El loco de Cervantes*.

